

«Parece que por todas partes la religión no ha sido inventada más que para ahorrar a los soberanos la preocupación de tener que ser justos, dictar buenas leyes y gobernar bien. La religión es el arte de embriagar a los hombres con el entusiasmo para impedirles que se ocupen de los males con que les agobian en esta vida quienes los gobiernan. Por medio de las potencias invisibles con que se les amenaza, se les fuerza a sufrir en silencio las miserias con que les afligen las potencias visibles; se les hace creer que, si consienten en ser desgraciados en este mundo, serán más felices en el otro.

Así es como la religión se ha convertido en el principal resorte de una política injusta y cobarde que ha considerado que había que engañar a los hombres para gobernarlos más fácilmente».

D'HOLBACH: *El Cristianismo sin velos* (1761)

«¡Ah, nuestras gloriosas tradiciones! Todas incubadas en la maldad y amparadas cobardemente a la sombra augusta de la cruz. España tomó para encubrir sus maldades a Cristo crucificado. Por eso aún vemos su ultrajada imagen por todos los rincones [...] Toman la luz y la hacen oscuridad. Toman la paz y la hacen luchas. Toman la gloria del amor eterno y crean la fuerza para amordazar conciencias. Éstos son crímenes de lo que llaman patriotismo».

FEDERICO GARCÍA LORCA: «El patriotismo» (1917)

Índice

<i>Introducción</i>	19
PARTE I. LOS ESCRITOS JUVENILES: UN CONCEPTO MESIÁNICO DE LA LITERATURA	29
1. Federico García Lorca entra en la Orden de la Literatura Andante	31
El autocertificado de nacimiento a la literatura	31
Una diatriba pacifista: «El patriotismo»	35
<i>Impresiones y paisajes</i> , un rotundo mentís a san Juan Clímaco	39
«Fray Antonio (Poema raro)», la sublimación religiosa de una frustración musical	46
La memoria de la muerte	54
2. El mentir verdadero	59
Un texto autobiográfico: «Mi pueblo»	59
La efectiva condición nobiliaria de los García Lorca	62
«El compadre Pastor» o «el Buen Pastor»	65
El nacimiento en Cristo del escritor Federico García Lorca	72

3. Nazaret en Fuente Vaqueros	83
«Cristo (Poema dramático)» y «Cristo (Tragedia religiosa)»	83
Federico-Jesús García Lorca	92
El estigma de la homosexualidad	99
Esther, ¿prefiguración de <i>Yerma</i> ?	103
El testimonio complementario de José Mora Guarnido	105
4. Dios contra Cristo	109
El mal al servicio de un dios sádico	109
La blasfemia sin paliativos	113
El ataque frontal a la Iglesia católica	116
Cristo encadenado por Dios	118
<i>Sombras</i> : Cristo, mensajero de la inexistencia de Dios	122
Una problemática fecha de redacción	126
Primer cuadro: el impacto de Jean-Paul Richter	127
Segundo cuadro: la presencia de Sócrates	129
Tercer cuadro: el cultivo del jardín de la Academia	131
5. Hacia un sincretismo pagano-cristiano	133
Un dúo Machado-Lorca	133
Lorca, místico carnal	136
El rechazo absoluto de una trascendental dicotomía	139
<i>Místicas (De la carne y el espíritu)</i>	140
6. La tendencia sociorreligiosa, prioritaria en la obra dramática	151
<i>El primitivo auto sentimental</i>	152
<i>Del Amor. Teatro de animales. Poema dramático</i>	158
Federico García Lorca, precursor de la teología de la liberación	164

PARTE II. FUENTES LITERARIAS	173
7. La cultura literaria de García Lorca	175
División de criterios	175
Lorca, pionero del gongorismo	185
Una fuente de lectura con muchos caños	187
La biblioteca de Federico García Lorca	188
A la caza de la pedantería	191
Una apología lorquiana del libro	194
8. Presencia del «divino» Victor Hugo	199
El culto de los García Lorca a Victor Hugo	199
Un mismo concepto totalizador de la poesía	202
El mar, símbolo totalizador «vida/muerte»	204
El carácter emblemático del marino como ser humano	209
Las escaleras hacia ultratumba	214
La vida de los muertos	216
«Chaque créature est toute la création»	221
La identificación con Cristo de los seres que sufren	227
Una condena global y sin paliativos de la institución eclesiástica	230
El impacto de <i>Légende du beau Pécopin et de la belle Bauldour</i>	237
La leyenda a medio abrir	238
<i>Así que pasen cinco años</i> : la leyenda abierta del todo	242
9. La impronta cervantina	247
Un reducido interés por la presencia de Cervantes en Lorca	247
Un quijotismo en filigrana	250
La influencia de Miguel de Unamuno	253
San Juan de la Cruz en Cervantes y Lorca	257
Una salida definitiva cristo-quijotesca	258

10. El impacto de Antonio Machado: primer manifiesto poético	263
El primer manifiesto poético de García Lorca a la sombra de Antonio Machado	263
El taller lorquiano	267
La mediación de Rubén Darío	269
La huella en filigrana de Antonio Machado	272
11. Federico García Lorca y Walt Whitman	275
Viaje a Nueva York	275
<i>El banquete</i> de Platón, falsilla vital y estética de Lorca	278
García Lorca se identifica con Walt Whitman	285
Walt Whitman, bardo de una homosexualidad viril	289
Un optimismo social no compartido	292
PARTE III. HACIA UN MESIANISMO HUMANISTA.	
CALAS EN EL TEATRO Y LA POESÍA DE GARCÍA LORCA	295
<i>Teatro</i>	297
12. Mariana Pineda, heroína de un liberalismo cristiano	297
La impronta religiosa en el liberalismo español	297
La oposición del Vaticano a un catolicismo liberal	300
La dimensión autobiográfica de la figura granadina de Mariana Pineda	303
<i>Mariana Pineda</i> : el personaje histórico	306
Un estreno laborioso	308
El doble fondo de la obra	310
La efectiva santidad popular de <i>Mariana Pineda</i>	313
Federico García Lorca, militante de un cristianismo liberal	316

Intento de canonización de una <i>Mariana Pineda</i> adúltera	317
Pasión y muerte de <i>Mariana Pineda</i>	319
El liberalismo cristiano: afirmación de la libertad frente a la negación de la condición humana	323
El relativo fracaso de <i>Mariana Pineda</i>	324
Un aditamento gráfico en la edición de <i>Mariana Pineda</i>	329
13. <i>Yerma</i> o «la imperfecta casada»	331
La «batalla» de <i>Yerma</i>	332
Reacción de la prensa derechista	333
Una condena a primera vista injustificada	341
Un anónimo de rara elocuencia	343
<i>Yerma</i> , antiheroína de fray Luis de León	347
« <i>Yerma</i> soy yo»	360
La sublimación de la maternidad masculina: san José embarazado de Jesucristo	365
14. <i>Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín:</i> la obra predilecta	369
«La obra dramática más lograda»	369
Perlimplín, el escritor	370
El enigma del nombre Marcolfa	372
El protagonismo de «la capa roja»	374
Un concepto eucarístico del teatro	376
La dimensión quijotesca de don Perlimplín	380
15. <i>Así que pasen cinco años: un amago de manifestación</i> homoerótica	383
El «teatro imposible»	383
Una aventura editorial agitada	386
Un final polémico	389
Hacia la clave del reconocimiento final	397

16. <i>El público: la salida del armario</i>	401
Una imperativa franqueza en el trato del tema homosexual	401
Una puesta en escena problemática	403
Un enigma aún sin descifrar por completo	406
«Solo del pastor bobo»: ¿intermedio o prólogo?	414
La «personal» interpretación escénica de Lluís Pasqual	417
El «Solo del pastor bobo» en la trayectoria contrapuesta del «auto sacramental»	419
El pastor bobo frente al Buen Pastor	427
17. El «teatro imposible», definitivamente inconcluso	429
<i>Comedia sin título</i>	430
El impacto del krausismo	432
<i>La destrucción de Sodoma o Las hijas de Lot</i>	437
El incoercible impulso erótico	441
<i>Poesía</i>	445
18. El fracaso de la literatura andante: «Burla de don Pedro a caballo»	445
¿Una inocentada poética?	445
Hacia una identificación de don Pedro	450
Don Pedro o el escritor	458
Exégesis de «ágil caballo sin freno»	460
La flor en la laguna	461
El posible <i>quid</i> de la burla en cuestión	465
19. El descenso del monte Carmelo: «Romance de la pena negra»	467
Federico García Lorca se enfrenta con san Juan de la Cruz	468
Un consejo insólito	470
El movimiento contrapuesto: «Romance de la pena negra» / «Subida al monte Carmelo»	476

20. El apocalipsis del Vaticano: «Grito hacia Roma»	481
Un fatal desviacionismo: el cristianismo, religión de Estado	483
Lorca denuncia la usurpación papal de la figura de Cristo	484
La denuncia de los Pactos de Letrán	488
La Iglesia católica deja a la humanidad inerme ante la miseria material y afectiva	489
El deber imperativo del papa	490
El Vaticano traiciona el Sermón de la Montaña	491
Coda: grietas en la cúpula del Vaticano	496
21. La imposible Navidad	503
«Navidad»	505
«Nacimiento de Cristo»	514
22. La senda salomónica: «Oda al Santísimo Sacramento del Altar»	525
La senda salomónica	525
«Oda al Santísimo Sacramento del Altar»	528
I. «Exposición»: un <i>Pange lingua</i> a dúo	531
II. «Mundo»: una glosa del <i>Agnus Dei</i>	544
III. «Demonio»: el enemigo bello	555
IV. «Carne»: la dignificación en Cristo del erotismo	564
23. La parábola del poema «Cazador»	573
«Cazador», un poema emblemático	573
La parábola	581
24. Una botella al mar	591
El homenaje autobiográfico a María Blanchard	591
La botella al mar de un naufrago social	594
<i>Conclusión. El caso Lorca</i>	599
Una insólita celebridad	599

EL 5º EVANGELIO

Federico García Lorca, ¿«andaluz profesional» o «andaluz universal»?	602
Un argumento falaz: «la muerte le favoreció»	606
La determinante dimensión crística	609
El doble asesinato de Federico García Lorca	617
<i>Agradecimientos</i>	627
<i>Créditos fotográficos</i>	629

Introducción

En octubre de 1972 la hispanista francesa Marie Laffranque me presentó a Isabel García Lorca en su domicilio madrileño. Me hallaba entonces enfrascado en la redacción de una tesis doctoral sobre su hermano.

—¿Qué tema? —me preguntó Isabel.

—La poesía erótica.

No hizo comentario alguno pero creí percibir una ligera ironía en su mirada. Marie Laffranque, que había comenzado a ordenar el archivo familiar lorquiano y se ocupaba entonces de los manuscritos relacionados con el libro en prosa: *Impresiones y paisajes*, nos señaló algunos desajustes que había observado entre el manuscrito y el texto impreso. Isabel no parecía mostrar un particular interés por las divergencias indicadas. No tardó en desentenderse del tema. Y dirigiéndose a mí:

—¿Tú tienes un ejemplar de *Impresiones y paisajes*?

—No. No lo veo en venta por ningún sitio y, de todos modos, no podría pagármelo.

—Es cierto. Sólo lo tienen aquellos a quienes lo hemos regalado o los que lo han robado de la Huerta de San Vicente donde teníamos un armario con prácticamente toda la edición. Espera un momento.

Se ausentó y volvió al poco rato con el primer libro publicado por Federico García Lorca.

—Toma. Es mi ejemplar.

En efecto, aparecía su firma y bajo ella había estampado una muy simpática y original dedicatoria. Me habían prevenido del carácter difícil y poco flexible de la hermana menor de Federico y la afectuosa entrega de tan espléndido regalo me emocionó profundamente.

Volví a casa de Isabel García Lorca invitado por Marie Laffranque a colaborar en su trabajo de archivo y cotejo de manuscritos. Isabel se reunía con nosotros a ratos. En un momento dado me comentó a propósito de mi tesis: «Es posible que entre los escritos juveniles inéditos haya textos que Federico no publicó precisamente por su carácter erótico. No deberías dejar de verlos».

No pude reprimir mi impaciencia:

—¿Dónde están esos inéditos? ¿Los tienes aquí?

—No. Los hemos depositado en el banco. Te llevo a verlos cuando te venga bien.

—Ya estoy listo.

Al día siguiente ya estábamos los dos esperando temprano en la sala retirada de un banco a que nos llevaran una valija de donde Isabel extrajo un buen montón de manuscritos. Leí algunos títulos: «Mística en que se trata de una angustia suprema que no se borra nunca»; «Mística en que se habla de la eterna mansión»; «Mística en que se trata de Dios»... La mayoría de los textos estaban firmados y fechados en 1917. Perplejo, le pregunto a Isabel:

—Pero ¿era místico tu hermano a los 19 años?

—Ni idea. Yo tenía entonces 8 años. Se le debió de pasar luego.

—¿Puedo fotocopiar todo esto?

—Pero lo que a ti te interesa es el erotismo, no la mística.

—Y ¡qué más da! Mística y erotismo son dos variaciones sobre el mismo tema, ¿no? El misticismo, a fin de cuentas, es erotismo «a lo divino». ¿No te parece?

Isabel era católica practicante, de misa dominical, según me informó ella misma. Tras unos momentos de reflexión me concedió:

—Bueno, si tú quieres.

Fotocopié centenares de páginas manuscritas. No las entregué todas de golpe al encargado de la operación que no comprendía por qué iba yo y venía por etapas y no le llevaba todo el material de una vez. No le dije que así limitaba el riesgo de un posible accidente que hubiera afectado a todo el preciado conjunto documental.

Se abrió ante mí un vasto panorama (abarcaba ensayo, poesía y dramaturgia) de lo que pudiéramos denominar «prehistoria literaria» o más bien *juvenilia* de Federico García Lorca.

De su lectura habría que destacar por su carácter nuclear el siguiente escrito juvenil. Lleva la fecha: *16 de mayo, 1917*.

Mística en que se trata de una angustia suprema que no se borra nunca

La mayor parte de los hombres tienen solamente el cuerpo, que al morir es tierra o agua o flores, pero no tienen alma... [...] No todos tienen alma... El amor puro y magnífico es el que forma las almas... No se puede en un momento pasajero y absurdo de placer y sin conciencia elevada formar un alma... No. Las almas las crea el amor entre dos seres... [...] Todos se conforman con una idea mezquina de Dios. Todos ven al Dios materia y que tiene venganzas y cóleras y que castigará con dolores en el cuerpo que resucitará. Todos viven tranquilos en la creencia de una eternidad gozosa de jardín... Y, sin embargo, son perversos y se matan y se roban y se odian y en el nombre de ese Dios que adoran se clavan puñales en el corazón... ¿Creen pues los hombres en Dios? Nadie tiene segura la vida eterna y por eso son así los hombres... Creen tan sólo en esa posibilidad y por eso rezan. No por amor sino por miedo... Y huyen de sus propios pensamientos para esclavizarse a los ajenos... [...] Bienaventurados los que creen y los que no sienten grandeza en su corazón, porque ellos alcanzarán en la tierra la suave tranquilidad [...] cantarán enamorados de Dios y de los cielos que ven con una pequeñez abrumadora, y en los templos escucharán las voces de los hombres que

cuentan sublimidades destrozadas en sus bocas. [...] Bienaventurados sean ellos porque creen tener a Dios en el pecho al mágico conjuro de unas palabras evocadoras dichas sin fe por un malvado... Bienaventurados sean los sensuales sin espíritu pero limpios de corazón que por un momento sensual creen haber ofendido a Dios y se arrodillan arrepentidos ante un sátiro que sonrío idiota envuelto en mantos de castidad. Bienaventurados sean todos estos que sin conciencia de sus propios actos viven sometidos a una institución de perversos y sacrílegos, pues de ellos es el reino de la suave tranquilidad... Pero malaventurados los hombres que saben y sienten de verdad porque de ellos es el reino de trágica melancolía... [...]

Ansiedad de regeneración

Y al hombre más grande de todos, puesto que no era de esta vida, se le adoró. Primero con verdadero amor y beatitud. Después con frialdad. Ahora se le toma como motivo de política y de lucro... [...] Sus sacerdotes maltratan su nombre de luz y si alguno es bueno, no lo comprende y camina ciego... ¡Jesús, Jesús Nazareno que llenaste el mundo de poesía! ¿Qué es tu nombre en los labios de tus sacerdotes?, ¡Jesús, Jesús! Con tu amparo de piedad, con tus doctrinas de amor se ha creado una sociedad de hombres sombríos que tostaron herejes, y los tostarían ahora si pudieran, y que roban cautelosamente mientras se ríen de ti... ¡Jesús, Jesús! Con tu luz de castidad cubres a hombres prostituidos que tienen por norma la lujuria y la maldad. Jesús, Jesús, tu vida y tu eternidad la han cambiado esos hombres y a veces resultas (¡tú, con tu excelsitud!) ridículo. En tu cruz se hacen crímenes impúdicos y de tu clara religión han formado absurdos y mentiras. Tienes representantes que son más que tú y que los adoran cubiertos de esmeraldas y topacios mientras que hay niños que se mueren de hambre y hombres desnudos que tienen sed de justicia... A ti y a tus apóstoles os desprecian porque despreciabais al dinero y a los avariciosos... Hoy tan sólo los ricos tienen salvación. ¡Jesús! ¡Jesús Nazareno! Estos nuevos fariseos te han robado tu grandeza... Te representan irrisoriamente cubierto de

oro y de riquezas y pasean tus retratos al son de ridículas trompetas por las calles de los pueblos, que se envuelven en negrirrojas nubes de humo trágico y aplanador... [...] Creen que estás en la hostia y, sin embargo, pecan y son malvados... ¡Creen en tus ideas y, si encarnaras otra vez, el papa semidiós te excomulgaría por pecador y el juez te encarcelaría por vago y loco...! ¡Jesús de Nazaret! Hijo de la dulce María y del viejo carpintero... Haz que la estrella gigante de tu alma caiga sobre los templos irrisorios y los sacerdotes sarcásticos para que tu nombre quede en el mundo blanco y marmóreo rodeado de un sublime perfume de eternidad... Y entonces quizá brillará la caridad.

Final

Malaventurado yo que tengo a ratos vanidad pueril. Malaventurado yo que tengo un amor irrealizable que es muerte en mis noches sin fin. Malaventurado yo que caminaré hacia el fin lleno de temores y de asechanza de la carne. [...] Malaventurado de malaventurados, que en mis noches sin fin sueño con un amor que es mi misma carne y que nunca conseguiré alcanzar...

Como un ritornelo angustiado

Ya es la alborada y va a clarear. Lo dicen los pájaros y las campanas. Otro día. ¡Jesús! Deja caer la estrella de tu alma sobre la mía para que sea contigo por toda una eternidad. La alborada comienza. Ya se ve clarear.

En la noche del 15 al 16 de mayo de 1917 un Federico García Lorca de 18 años redacta el punto de partida y la meta de su ética y estética, personal y literaria, ambas indisociablemente unidas a la figura de Jesús: «Jesús Nazareno que llenaste el mundo de poesía».

La institución eclesiástica, que se reclama de Jesucristo, lleva a cabo una obra de desvirtuación evangélica que no duda en calificar de «prostitución». Y se fija el firme propósito de reimplantar la prístina y legítima figura y obra de Cristo. Le va en ello el final de la angus-

tiosa hostilidad social a su inclinación erótica si consigue con ello el reconocimiento de su identidad homosexual.

Federico García Lorca forma parte de esos escritores que, según Roger Caillois, manifiestan «ya en sus primeras declaraciones mucho más de lo que uno se imagina. Esos impacientes han querido decirlo todo y enseguida. Luego no harán más que desarrollar o intentar precisar, justificar o rectificar lo que se habían dado prisa en enunciar primero y que en adelante se esforzarán por vestir con exteriores diversos hasta hacerlo a veces irreconocible»¹.

Podremos constatar en las páginas que siguen hasta qué punto se ha mostrado impaciente por decirlo «todo y enseguida». Hasta el punto de que cuanto más remontamos la corriente de sus escritos, más límpidas se tornan las aguas porque manan de un único hontanar: el de sus escritos juveniles². El agua cristalina de Fuente Vaqueros es la misma que, borracha de aceite, desemboca en el Hudson neoyorquino.

Permítasenos el paréntesis de un ejemplo:

«Cementerio judío» es una de las composiciones de *Poeta en Nueva York* que presenta las mayores dificultades de exégesis. Tropezamos con su carácter críptico ya en el primer verso: «Las alegres fiebres huyeron a las maromas de los barcos». Perdemos el tiempo queriendo avanzar en la identificación del plano real del poema sin antes haber identificado esas «alegres fiebres» en posición inicial absoluta. La lectura del manuscrito nos ofrece una interesante tachadura donde «alegres» ha reemplazado a «doce»: «Las *doce* fiebres huyeron a las maromas de los barcos».

La cifra 12 aparece en la obra lorquiana únicamente, que nosotros sepamos, para designar esta hora precisa. Si nos lanzamos por una vía espaciotemporal («los doce signos del zodiaco», «los doce meses del año»), no se nos aclara en absoluto el enigma. Probemos en el campo religioso. Tenemos aquí donde escoger: «las doce puertas de la Jerusa-

¹ *Approches de l'imaginaire*, París, Gallimard, 1974, p. 8.

² Desconocidos hasta 1980 e inéditos en su totalidad hasta 1994.

lem celeste», «los doce hijos de Jacob o Israel», «las doce estrellas de la corona de la mujer del Apocalipsis». Pero ¿no resulta más sencillo decidirnos por probar primero con «los doce apóstoles»? Retenemos esta posibilidad y damos en el texto «Mística» de la *juvenilia* lorquiana con la frase: «Pablo y Pedro y los apóstoles *huyeron* por una blanca senda». La ecuación *doce fiebres* = *doce apóstoles* resulta verosímil, ya que la acción de huir «por una blanca senda» o «a la maroma de los barcos» es común a «las doce fiebres» o «apóstoles».

Nos queda por justificar la denominación «fiebres» referida a los apóstoles. En otro pasaje de los escritos juveniles leemos, también respecto a los apóstoles: «Por una senda lejana veo a los apóstoles *huir* [...] vestidos de *pasión*». Podrá objetarse que «pasión» no es «fiebre». Pero todo estudiante que se inicia en la explicación de textos no tarda en asimilar que es la denominada *connotación* (un sentido secundario, no el referencial determinado por el código lingüístico) la que configura el hecho literario. «Pasión» y «fiebre» pueden, sin esfuerzo, ser adscritos al mismo campo semántico basándose en una común identidad connotativa.

De donde resulta, si nuestro razonamiento es correcto, que podemos aventurar la siguiente lectura del primer verso de «Cementerio judío»: «Los apóstoles se lanzaron con entusiasmo febril a surcar los mares». Sobrentendido: para llevar a cabo su misión de apostolado planetario. El engarce exegético, ajustado o no con el resto del poema, determinará si estamos en lo cierto o erramos. Por ahora tenemos que contentarnos con verificar que el término «apóstoles» es compatible con el calificativo «judío» que nos ofrece el título.

Pensamos haber localizado la fuente de donde brota el caudal de la obra lorquiana: el propio costado del poeta. A la luz de esta imagen crítica de Federico García Lorca sus escritos cobran, en mayor o menor grado, un relieve de particular nitidez³.

³ Saludamos con admiración la labor de pionero desarrollada por el profesor Charles Marcilly que nos ha precedido en el estudio del pensamiento religioso de nuestro poeta